

CAPITULO XVI.

Santas industrias del siervo de Dios, para preservar del vicio á los jóvenes.

AUNQUE es cierto que la caridad de Felipe era universal, y que su celo se extendía á todos sin distincion; no obstante, excitaban mas vivamente los jóvenes su solicitud, y hacia quanto estaba de su parte para preservarlos del vicio y formarlos en la virtud. Sabia quanto interesa comenzar bien, segun aquellas palabras del Espíritu Santo, en el libro de los Proverbios: "No dejará el hombre en su vejez, la vida que llevó en su juventud." Consagrado al cuidado de una época de la vida tan interesante, se olvidaba de sí mismo, y su caridad le daba fuerzas para trabajar por el bien de sus almas. Este trabajo no se li-

mitaba á solo instruirlos y confesarlos; sino que llegaba hasta dejar á Dios, por condescender con ellos en halagarlos y divertirlos. La ciudad de Roma veia con placer á éste venerable anciano recorrer sus calles rodeado de una multitud de jóvenes, prestándose con una afabilidad encantadora, á todo aquello que podia agradarles y entretenerles, y mostrando en la alegría de su semblante, el placer que en darles gusto disfrutaba su corazon. Los conducía al campo, y los excitaba á divertirse como niños: durante algun tiempo los miraba jugar; y despues se iba alejando poco á poco en busca de un lugar solitario, donde pudiese meditar libremente, ó leer alguna cosa del Nuevo Testamento que llevaba siempre consigo.

Si llegaba á observar que alguno de ellos tardaba en venir á confesarse, ó no venia á los ejercicios del Oratorio, le hacia llamar, provocaba con su bondad la confesion del motivo de su infidelidad, y lo remediaba tan eficazmente, que el joven se sentía animado de un nuevo fervor.

Los felices resultados de su ministerio en favor de la juventud, persuadieron á todos que había recibido de Dios un don particular, para formarla en la virtud. De aquí aquella confianza de los superiores de diferentes órdenes, en confiarle sus novicios con toda seguridad. El superior de la Minerva, por ejemplo, le entregaba á los suyos cuantas veces se los pedía, convencido muy bien

del gran provecho que sacaban de sus lecciones y ejemplos. El santo iba por ellos de cuando en cuando, y visitaba en su compañía las siete iglesias; luego los llevaba á los jardines de un pueblo inmediato, donde hacian una frugal colacion, y no sé yo si el placer de aquellos jóvenes era mayor que el de aquel bienaventurado padre. Iba y venía al rededor de ellos con la sonrisa en los labios, y la bondad de su corazon le hacía decirles: “Comed, hijos míos, comed sin escrúpulo, vuestra alegría me recrea, y vuestro apetito me alimenta.” Despues de la comida los hacia sentar delante de él, en forma de medio círculo, y les dirigia una fervorosa exhortacion á la práctica de las virtudes, y muy particularmente á la perseverancia. “¡Oh! sí, les decia, orad, apreciad vuestra vocacion, y conservadla cuidadosamente, porque ella es sin duda el mayor beneficio que Dios os ha dispensado; no solo lo creo así, sino que puedo deciros que lo siento.” Aquellos jóvenes novicios, inflamados con estos discursos, volvian gozosos á su monasterio, llenos de un nuevo celo por sus progresos en la perfeccion.

Apenas podrá creerse hasta donde llegó su paciencia con respecto á algunos jóvenes seculares, á quienes pretendía ganar para Jesucristo. Animados por la extrema bondad de nuestro santo, no le guardaban consideracion alguna ni en el número, ni en la duracion de sus visitas; y mientras que unos estaban en su cuarto haciéndole sopor-

tar su arrogancia y sus necedades, otros que estaban en la puerta, se introducian á su placer como en una plaza pública, gritando á voz en cuello y riendo á carcajadas; y el santo sufría todo esto con una paciencia verdaderamente admirable. Algunas veces aconteció que otros padres, indignados por la mala crianza de aquellos jóvenes, los reprendieran severamente. Pero estos fueron á quejarse con el santo, y no pudo dejar de protegerlos contra sus censores. “Dejad, dijo á los padres, que estos niños se diviertan; y si no quereis tomar parte en su alegría, idos por otra parte.” Les encargaba que jugasen á la ralueta en su corredor, temeroso que el enfado les hiciese perder la paciencia.

Un noble que venia á verle con frecuencia, disgustado por la boruca que hacian aquellos jóvenes, le preguntó un dia cómo podia aguantar tanta algarabía: “Esto es nada, respondió el santo; si les diera gana de subírseme encima, los sufriria de buena voluntad, por tal de que no cometiesen ningun pecado.” Un hombre de gran mundo, á lo último de sus dias, decia á uno de sus amigos con las lágrimas en los ojos: “No puedo dejar de confesar, para gloria del bienaventurado Felipe, que mientras tuve la dicha en mi juventud de tenerle por mi director, no cometí ni un solo pecado mortal; pero apenas le perdí, perdí tambien mi inocencia, y fui el juguete del vicio de impureza.”

Este sábio director, no permitia que sus discipulos se abandonasen á la tristeza. Cuando alguno de ellos parecia andar mas sombrío que lo ordinario, le preguntaba el motivo, ó le daba un golpecito en el hombro, diciéndole: “Alegraos.” Sabia por una larga esperiencia, que la expansion del corazon es tan favorable, como hostil la melancolía á los progresos de la virtud: por lo mismo mostraba una benevolencia muy particular á los que se acercaban á él con un aire alegre y franco. A este propósito referiré un pasaje interesante.

Vinieron á verle un dia dos religiosos jóvenes Capuchinos, y creyó observar en uno de ellos mas disposicion á la virtud que en el otro; pero como esta calificacion no tenia otro fundamento que la simple inspeccion de sus rostros, quiso asegurarse si le engañaba su modo de veer. En consecuencia, aprovechó la ocasion que voy á decir. Aquel á quien juzgaba mas favorablemente, tuvo la indiscrecion de escupir en el suelo del cuarto del santo, quien le reprendió fuertemente su poca urbanidad, diciéndole; “¿Qué clase de hombre sois vos? ¿Porqué estáis tan mal educado? No sé como pueda ser religioso un hombre tan grosero.” El jóven capuchino no pareció alterarse con este apóstrofe, y Felipe llevó adelante la cosa fingiendo estar exasperado; tomó uno de sus zapatos en ademan de arrojarlo sobre su cabeza, y le dijo: “Salid para fuera, hombre rústico y malcriado.” Este no solo recibió sin cólera esta invectiva de-

nigrante, sino que ni siquiera perdió su calma y buen humor. No sucedió lo mismo con su compañero; pero Felipe no hizo caso de nada, y continuó su esperiencia, diciendo al primero: “Quitaos esa capa que trais; ese es un vestido honroso que no mereceis.—Padre mio, teneis razon, respondió el religioso obedeciendo; no solamente deshonro esta capa con mis groserias, sino que tambien estoy bastante robusto y disfruto de buen calor natural para no necesitarla;” en seguida se arrodilló, y pidió penitencia al siervo de Dios. Este le mandó algunas cosas ridículas, que ejecutó con perfecta tranquilidad. Sin embargo, Felipe para acabar de probarlo, le miró con ceño le arrojó su capa y le despidió. El buen religioso se fué triunfante y alegre, seguido de su compañero que representaba una figura bien triste. Luego que llegaron al extremo de la escalera, los llamó el santo padre, y recibéndole en sus brazos, le dijo: “Continuad, hijo mio, guardando vuestra santa alegría, este es el mejor camino para llegar á la perfeccion á que Dios os destina.”

Así como este santo hombre queria en sus discipulos la alegría que viene del Espíritu Santo, así tambien desaprobaba la disipacion y ligereza. “Los que aspiran á la perfeccion, decia, no sabrán nunca precaverse demasiado contra este defecto; porque él destruye las gracias recibidas, y se opone á que vengan otras nuevas.” Por consiguiente, velaba con sumo cuidado en precaver á

Sus discípulos de la causa que lo produce, es decir, de la ociosidad. “No esteis nunca, les decia, en una regalada inaccion; porque de aquí viene la corrupcion de la juventud. Si los deberes de vuestro estado no bastan para llenar vuestro tiempo, ocupaos en cosas inocentes, haced vuestras camas, barred vuestro cuarto, cambiad de lugar vuestros muebles, engarzad rosarios, ó bien leed ó escribid.” Sus ejemplos confirmaban sus lecciones; porque á cualquiera hora que se le fuera á ver, siempre se le encontraba ocupado.

Exigía de sus amados jóvenes, el uso frecuente del sacramento de la penitencia; pero no era tan fácil en admitirlos á la sagrada mesa. Quería indispensablemente que se preparasen para este acto sagrado, con ejercicios espirituales que él mismo les prescribia. Todavía mas, solia suceder que viniesen ya dispuestos para gozar de esta inefable dicha, y él los remitia para otro dia, indicándoles nuevas prácticas. Preguntándole uno en cierta ocasion el motivo de esta conducta, respondió: primero, que la comunión es con bastante frecuencia una ocasion de graves tentaciones, á las que no es raro sucumban los jóvenes; segundo, que cuando se les admite muy fácilmente á éste sagrado convite, lo reciben con muy poca reverencia: tercero, que la mejor preparacion es el deseo, segun aquella expresion de la Escritura: “Los que tenéis sed venid á las aguas;” y que la dilacion es el medio mas seguro de excitar esta sed abrasadora.

CAPITULO XVII.

Santa pericia de Felipe en la asistencia á los moribundos.

LUEGO que alguno de sus hijos espirituales llegaba á enfermarse, dejaba cuanto tenia entre manos para volar á consolar aquel hijo querido en el lecho del dolor, y hé aquí el método que observaba en esta clase de visitas. Al entrar al cuarto del enfermo, se arrodillaba y oraba por él, encargando á los presentes que hiciesen otro tanto. Exhortaba despues al paciente á que supiera aprovecharse de sus sufrimientos, y le indicaba el modo de hacerlo. Sus visitas eran cortas pero continuadas, y las repetia con tanta mas frecuencia, cuanta mayor era la necesidad de la persona. Si la enfermedad tocaba ya los últimos extremos,